

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre....	27
Semestre....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Descubrimiento del Nuevo-Mundo.—El último consejo de una madre (poesía).—Historia natural: el alma comparada con el cuerpo.—Gratitud (poesía).—Recuerdos de una careta.—Serenata (poesía).—Revista de teatros.—Modas.—Explicación del figurín.

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO-MUNDO.

I.

La gran epopeya empezada por D. Pelayo en un rincón de Asturias, estaba á punto de terminar, después de ocho siglos de sangrientos combates, al pie de los robustos muros de la morisca Granada.

Los Católicos Reyes Fernando é Isabel estrechaban con una hueste tan lucida como numerosa el último baluarte de los hijos del Profeta.

Entre el acompañamiento de los regios esposos había un extranjero á quien tenían por demente la mayor parte de los que escuchaban de sus labios el colosal proyecto de descubrir un nuevo mundo sur-

cando los inmensos desiertos de agua del desconocido Océano.

Aquel hombre era Cristóbal Colón, de nación genovés, cuyo nacimiento y juventud son un tejido de fábulas.

Aquel hombre había agostado la primavera de su vida mendigando protección de corte en corte, ofreciendo poner á las plantas del monarca que le apoyase nada menos que un mundo lleno de riquezas inmensas en cambio de un puñado de oro para armar una pequeña flota.

¡Cuántas amarguras! ¡Cuántos sinsabores apuró con la mayor constancia y la mayor grandeza de alma aquel ser escogido por la Providencia para abrir ante los asombrados ojos de la generación en que naciera regiones hasta entonces desconocidas, al ver desvanecerse cual ligeros ensueños unas tras otras sus mas halagüeñas esperanzas, rechazado por unos y motejado por otros de loco y visionario!

¡Cuánto debió padecer aquel pobre extranjero, engañado en Portugal, desechado en Génova y Venecia, y sujeto en España—la nación que un día no muy lejano recogería el fruto de los desvelos de toda su vida—á tener que acercarse, estenuado de ham-

bre y de cansancio, á la puerta de un monasterio á pedir un pedazo de pan y un vaso de agua para su hijo!

Pero no fue esta, por desgracia, la última prueba con que le afligió su fortuna, que otras mil y mil á cual mas duras, y que revelan el gran tesoro de fe y abnegacion que encerraba en sí aquel ser privilegiado, apuró en España.

Aquí vió desechado su proyecto por un consejo de sabios, que ciegos á la luz de la ciencia, y completamente apegados á rancias preocupaciones, argüían á Colon, en vez de con razones geográficas, con testes de sagrados escritores y citas de la Biblia, habiendo entre ellos algunos que llegaron á calificar hasta de heréticos los proyectos del sabio marino.

Aquí vió pasar siete años en infructuosas tentativas, siguiendo á la corte en todas sus empresas, ganando su sustento dibujando cartas, hasta que desesperado abandonó, llena el alma de amargos desencuentros, el campo castellano, resuelto á ofrecer á las plantas del Rey de Francia su colosal empresa.

Pero Dios, que reservaba indudablemente para nuestra patria la ventura de ser dueña de un nuevo mundo, tocó en el corazon á la Reina Católica, que mandó detener al extranjero asegurándole que se le atenderia en el momento que se entrase en Granada, y le asignó ademas una renta del Erario público para sostenerse.

Nuevas esperanzas se alzaron en el alma de Colon y, siguiendo á la corte, ansiaba llegase el dichoso momento, de que la morada enseña de Castilla tremolara acariciada por las blandas y perfumadas brisas del Darro, sobre los calados minaretes de la morisca corte de Alhambra y de Boabdil.

El anhelado dia lució; y el eden oriental, la morisca Granada, aquella ciudad en donde agotó su genio y sus tesoros la raza poética y ardiente de los hijos del Desierto, abrió sus puertas á los Católicos Reyes, que hicieron en ella su triunfal entrada el dia 2 de enero de 1492.

La promesa de la Reina fue cumplida.

Colon fue recibido en audiencia secreta por los Reyes, y allí espuso con la mayor claridad su proyecto, el cual aprobado por los soberanos, se empezó á tratar de las condiciones para llevarle á cabo.

¡Cuánta nobleza y cuánta energía demostró Colon en esta entrevista!

Es notable ver á aquel hombre no allanarse, á pesar de su situacion, á las exigencias del Rey, por no ser dignas sus proposiciones de quien ofrecia nada menos que poner á las plantas de su trono un nuevo mundo.

Aquel hombre, á pesar de haber consumido los mejores dias de su vida en vanas pretensiones, cuando ya tocaba casi con la mano el logro de sus mas ardientes deseos, renunciaba á su única dicha, porque antes que la deshonra preferia la muerte.

La entrevista tocaba á su término: el Rey, al ver rechazadas sus proposiciones por aquel extranjero, expresó que no queria tomar parte de ninguna manera en la empresa; y este, perdida la esperanza de avenirse, se disponia á salir de la estancia, cuando la Reina, completamente decidida á prestarle ayuda, á pesar de lo exhausto del Tesoro por los crecidos gastos de la guerra, exclamó: *Deteneos, Colon; yo entro en la empresa por mi corona de Castilla, y empeñaré mis joyas para levantar los fondos necesarios.*

¡Accion grande y digna de eterno elogio!

Algun tiempo despues, armados y tripulados por fin tres bajeles, no sin haber tenido que vencer muchas dificultades, Colon se hacia á la vela en la mañana del 3 de agosto de 1492, en el puerto de Palos, en medio de los gritos de dolor y las lágrimas del pueblo, que creia en su ciego fanatismo que una muerte segura esperaba á los expedicionarios entre las salvajes y revueltas olas del desconocido Océano.

II.

Mas de dos meses hacia que saliera Colon del puerto de Palos con tres pequeñas naves, llamadas *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, arrojándose lleno de fe y de seguridad en busca de un mundo desconocido.

La gente que componia las tripulaciones empezaba á impacientarse, lleno el corazon de desgraciados presentimientos al verse cada dia mas lejos de su patria, en medio de un mar no surcado hasta entonces por nave alguna, y sin distinguir señales de proximidad de tierra.

El descontento iba creciendo por instantes, contentándose apenas por el respeto que inspiraba Colon, hasta que un fenómeno, en extremo raro, vino á hacer estallar una rebelion á bordo, que puso en peligro inminente la vida del sabio genovés.

Se notó que la aguja inmantada no se dirigia exactamente á la estrella polar, desviándose cinco ó seis grados hácia el Noroeste.

Tan extraño acontecimiento acabó de sembrar el terror en aquellos ánimos tan dispuestos á alarmarse por todo, y el grito de rebelion cundió de barco en barco. ¡Muera al almirante! ¡Muera ese loco que nos arrastra á una perdicion segura! fueron las voces que se dejaron escuchar; y el grito de ¡muera! resonó aterrador y terrible en medio de aquel inmenso desierto de agua.

Colon, con la mayor sangre fria, se presentó á los insurgentes y trató de apaciguarlos y convencerlos; pero la rebelion habia ya tomado mucho incremento, y á pesar de todos sus esfuerzos nada pudo conseguir; entonces, lleno de desesperacion, y resuelto á todo, les dijo:

—¿Qué quereis, desventurados? ¿Pensais acaso oponeros á la prosecucion de una empresa comenzada de orden y bajo la egida de vuestros Reyes y señores?

—Pensamos solo volver la proa á España, replicó uno de los jefes de escuadra.

—Eso nunca, mientras yo tenga vida, respondió el genovés con arrogancia, resuelto á jugar el todo por el todo.

—Pues entonces os arrojaremos al mar con una bala de bombardas al cuello, y daremos la vuelta á nuestra patria diciendo que, desengañado de que vuestro proyecto era solo una locura, os suicidásteis, prefiriendo servir de pasto á los tiburones antes que sufrir el ridículo que os esperaba en España.

—¡Miserables!... exclamó Colon con un acento indefinible.

—Ea, respondió; ó volvemos la proa, ú os arrojamos al mar.

—¡Eso es! gritó la chusma resuelta á todo: ó volver proas, ó morir.

Colon se encontraba en una de esas situaciones críticas y decisivas: comprendia que aquellos hom-

bres, que habian sido en su mayor parte forzados á seguir la expedicion, eran capaces de todo.

Comprendia que no tendrian reparo alguno en arrojarle al mar y volver á España diciendo que se habia suicidado en la desesperacion de no salir con su empresa, mancillando de ese modo su nombre y su gloria; pero no podia, no queria renunciar á proseguir en busca del mundo por él tan codiciado, cuando infinidad de señales anunciaban ya la proximidad de tierra.

Pero la alternativa era cruel; la resolucion de los sublevados irrevocable; no habia mas remedio que morir ó renunciar para siempre á la realizacion de tan gran obra.

Colon, despues de un largo rato de silencio, se volvió á todos, y les dijo:

—Bien, señores: puesto que no os convencen de la proximidad de tierra esas balsas de verdes yerbas que flotan alrededor de nuestros buques; esas pintas avecillas que se posan en los palos de nuestras naves, saludándonos apenas amanece y despidiéndose de nosotros al acercarse la noche; puesto que nada os convence, repito, concededme un dia de próroga, y si al cabo de él no hemos descubierto tierra, me allanaré á cuanto digais...

—No hay próroga; ó volver proas, ó morir, gritaron todos.

—Pues bien, prefiero cien veces la muerte primero que manchar mi honra pronunciando la orden de tornar á España, dijo Colon con un acento lleno de heroicidad y firmeza.

—¡Muera! ¡muera! gritó toda la tripulacion; y los mas atrevidos se arrojaron sobre el genovés, dispuestos á cumplir su amenaza, cuando un cañonazo de la *Pinta* dió la ansiada señal de tierra.

—¡Tierra! ¡tierra! se oyó gritar con frenético entusiasmo en las tres embarcaciones, y Colon, al escuchar aquellos gritos, cayó de rodillas elevando fervientes votos en accion de gracias al Supremo Hacedor.

Lo que pasó en aquel instante por la mente del pobre marino, es imposible de describir; su obra estaba terminada, á pesar de la oposicion de los sabios y de las contrariedades de la fortuna.

El gran problema sobre la navegacion del Océano estaba ya resuelto.

Y aquel extranjero loco, visionario y ambicioso, según la opinión de muchos, había ceñido sus sienes con una corona mas esplendente que la de muchos monarcas del mundo.

Al día siguiente Colon saltó á tierra en una isla deliciosísima, y despues de dar gracias al Ser Supremo por el feliz éxito de su empresa, tomó posesion de ella á nombre de la Reina de Castilla, sin cuyo decidido apoyo hubiera sido imposible realizar tan gigante descubrimiento.

JULIAN CASTELLANOS.

EL ÚLTIMO CONSEJO DE UNA MADRE.

—Hijo, con su torvo ceño

veo á la muerte que llega,

y que sus alas desplega

y se cierne sobre mí;

de su afilada guadaña

miro el pálido reflejo:

oye mi último consejo.

—Madre, no me habéis así.

—Enjuga tu acerbo llanto,

ten ánimo, hijo querido;

para morir se ha nacido,

recibe mi bendición.

Nunca olvides mi consejo,

que en él tu ventura fundo:

solo quedas en el mundo...

—¡Madre de mi corazón!

—Hijo, la vida es muy breve,

y se pasa, á lo que entiendo,

mas llorando que riendo,

de la cuna al ataúd;

pero importa que discurra

nuestra fugaz existencia,

siempre con limpia conciencia,

con honradez y virtud.

Escucha; si por desgracia

alguna pasión maldita

el dulce sueño te quita,

consuelo pide al Creador.

Y piensa que ante su trono,

de rodillas suplicante,

implora tu madre amante

por el hijo de su amor.

Desecha el mal pensamiento,

si alguna vez te tortura,

y advierte que en la dulzura

suele mezclarse la hiel.

De cierta amistad no fies,

que es á veces peligrosa,

y tras de una cara hermosa

su rostro asoma Luzbel.

Jamás lo ajeno retengas,

ni codicies lo prohibido;

dale tu mano al caído,

y di siempre la verdad.

Nunca el orgullo te ciegue;

ten presente lo que digo,

y parte con el mendigo,

hijo, tu pan con bondad.

Sé indulgente y compasivo

con las humanas flaquezas,

y no cometas bajezas

por alcanzar un favor.

No hagas mal ni lo desees,

porque eso el alma lacera;

perdona á quien mal te quiera,

y á nadie guardes rencor.

De la soberbia y la envidia

procura vivir exento,

y nunca el remordimiento

vaya tu pecho á rasgar.

¡Quiera Dios que mi consejo

siempre escude tu inocencia,

y mi amor y mi experiencia

te puedan, hijo, salvar!

Mas ya se inunda mi rostro

de abundante sudor frio:

dame la mano, hijo mio...

ven, ven..., acércate á mí.

¡Hacerlo bueno, Dios Santo;

ese es todo mi deseo!

Hijo..., que ya no te veo.

—¡Madre mia, estoy aquí!

—Acerca á mis yertos labios
tu frente de nieve pura;

angelical criatura,
recibe mi bendición.

Mi consejo y este beso
guárdalos en tu memoria:

adios, hijo..., hasta la gloria.

—¡Madre de mi corazón!

ANA MARÍA FRANCO.

HISTORIA NATURAL.

EL ALMA COMPARADA CON EL CUERPO.

El alma tiene una forma muy simple, muy general, muy constante. Esta forma es el pensamiento. Imposible nos es ver nuestra alma sino por medio del pensamiento. Esta forma nada tiene de divisible, de estensa, de penetrable ni de material. Así, pues, el objeto de esta forma es indivisible é inmaterial. Al contrario, nuestro cuerpo y los que tienen diversas formas, cada una de estas es compuesta, divisible, variable, destructible, y todas son relativas á los diversos órganos con las que los percibimos.

Nuestro cuerpo y toda la materia nada tienen de constante, de real ni general por donde podamos adquirir su conocimiento.

Un ciego no tiene ninguna idea del objeto material que nos representa las imágenes de los cuerpos. Un enfermo de enfermedades cutáneas, cuya piel sea insensible, no tendrá ninguna idea de las que se adquieren por el tacto. Un sordo no conocerá los sonidos. Si se destruyen sucesivamente estos tres medios de sensación en el hombre á quien la naturaleza los ha concedido, no por eso dejará de existir su alma, las funciones internas subsistirán y se manifestará su pensamiento siempre. Al contrario, si quitamos todas estas cualidades á la materia, á saber, los colo-

res, la estension, la solidez y todas las demas propiedades relativas á los sentidos, la destruimos. Nuestra alma no puede perecer, y la materia puede y debe morir.

Lo mismo sucede con respecto á otras facultades del alma, comparadas con las del cuerpo y con las propiedades mas esenciales á toda materia. El alma quiere y manda, el cuerpo obedece en cuanto puede, el alma se une indistintamente á tal ó cuál objeto que le agrada, y ni la distancia, ni la dimension, ni la figura pueden impedir esta union que se hace tan pronto como el alma desea. El cuerpo no puede unirse á nada; cualquier objeto que le toca demasiado le produce una sensacion dolorosa, necesita tiempo para salvar las distancias, en todo encuentra resistencia, en todo encuentra obstáculos, su movimiento cesa al menor choque.

RETRATO DEL HOMBRE.

Todo anuncia en el hombre al dominador de la tierra. Todo señala en él, aun considerándolo esteriormente, su superioridad sobre los demas seres vivientes. Se sostiene derecho y elevado. Su actitud es la del mando, su cabeza levantada mira al cielo y presenta un rostro en el que lleva impreso el carácter de su dignidad. La imagen de su alma está pintada en su fisonomía. La excelencia de su naturaleza se conoce al través de sus órganos materiales, y anima de un fuego divino los rasgos de su semblante. Su porte majestuoso, su marchar firme y atrevido anuncia la nobleza de su origen. Tocando la tierra con sus plantas, mirándola de lejos, parece desdeñarla. Los brazos no son en él pilares de apoyo para mover la masa de su cuerpo; sus manos no deben hollar la tierra y perder con el frote reiterado la delicadeza del tacto, de que son el principal órgano. Usos mas notables tienen el brazo y la mano. Ejecutores de las órdenes de su voluntad sirven para coger, para aproximar las cosas mas distantes, para separar los obstáculos, prevenir el choque de objetos que puedan dañarnos, para retener los que nos agraden, para ponerlos al alcance de los demas sentidos. Cuando el alma se halla tranquila, todas las partes del rostro se hallan en el estado de reposo; su proporcion, su conjunto denotan la dulce armonía de

sus pensamientos y corresponde á la calma del interior. Cuando el alma se halla agitada, el rostro humano es un cuadro vivo y animado, en donde se tratan delicada y enérgicamente las pasiones, donde cada movimiento del alma se manifiesta por un rasgo indefinible, cada accion por un carácter particular cuya impresion es tan viva y tan pronta, que, adelantándose á la voluntad, nos descubre y representa esteriormente con signos patentes las mas secretas, las mas ocultas agitaciones del alma.

En los ojos, sobre todo, se pintan de un modo tal, que cualquiera puede conocerlas. Los ojos son los órganos favoritos del alma, los que están en relacion mas íntima con ella, los que participan de todos sus movimientos, los que espresan las pasiones mas vivas, las emociones mas dulces, los sentimientos mas delicados. Los ojos espresan con toda su fuerza, con la misma pureza con que salen del alma, y transmiten con movimiento rápido á otra persona el fuego, la accion, la imagen de aquella de donde salen. Los ojos reciben y reflejan al mismo tiempo la luz del pensamiento, el calor del sentimiento, en una palabra, son el sentido del espíritu y el lenguaje de la inteligencia.

M.

GRATITUD.

I.

Tierno poeta de mirada amante
inculta flor en su camino halló;
y al mirarla no mas un solo instante,
el númen en su esencia adivinó.

Y él, estasiado, al contemplar cuán bella
los delicados pétalos abría,
para el perfume que brotaba de ella
trazó radiante en los espacios guía.

¡Lauros y glorias! murmuró, ¡y renombre!

Y la sensible flor, agradecida,
su aroma celestial ofrece al hombre
que descubrió á sus hojas nueva vida.

II.

¡Bendito seas tú! Por ti la llama
siento en la mente que elevarse anhela:

por ti voz pura en mis oídos clama,
que lo sublime al corazón revela:

Por ti en los astros, que ante mí titilan,
de Dios admiro la grandeza suma:
por ti me agrada ver leves que oscilan
del ancho mar los círculos de espuma:

Por ti contemplo bella en lontananza
la alba nube ligera, trasparente,
como leve, purísima esperanza,
al cruzar por la vida dulcemente:

Por ti escucho del bosque los rumores,
cual música perdida en el vacío:
por ti en el modular de ruiseñores
comprende algo de amor el pecho mío:

Por ti bellezas en la flor admiro,
que esparce en el pensil suaves aromas:
por ti me place de la brisa el giro,
dulce como el arrullo de palomas:

Por ti tras la sonrisa del que gime
adivino de su alma la dolencia:
por ti cuanto hay de bello y de sublime
quiere profundizar mi inteligencia:

Por ti mi tierno corazón suspira
tu vida viendo de mi vida lejos;
por ti, noble poeta, de mi lira
cantos brotan del sol á los reflejos:

Por ti la inculta flor, que en tu camino
hallaste un día entristecida y sola,
hoy muestra al mundo en su cantar divino
el perfume que diste á su corola.

¡Bendito seas tú! Por ti una llama
siento en la mente que elevarse anhela:
¡por ti voz pura en mis oídos clama,
que lo sublime al corazón revela!

Para ti son mis cantos de ternura:
para la alma luz del pensamiento:
para ti mi sonrisa de ventura:
para ti de mi vida el sentimiento:

Para ti la purísima armonía
que vierte dulcemente mi laud:
para ti mi amorosa poesía:
¡para ti mi profunda gratitud!

ISABEL POYAL.

RECUERDOS DE UNA CARETA.

I.

No sé qué fábrica me dió el ser.

Me bautizaron con el nombre de *terciopelo*.

Recuerdo que pertenecí á un elegante vestido; me llevaba á los saraos un esqueleto anguloso y ridículo que se llamaba la baronesa de Mascapoco.

Cuando esta señora, tan respetable por sus achaques como por la longitud de sus dientes, bajó al sepulcro, una doncella de su servidumbre hizo desaparecer el vestido del cual formaba yo parte, y de un elegante armario pasé al modesto baul de mi nueva poseedora.

No dejó de afligirme este cambio; pero, ¿cómo oponerse á los rigores del destino?...

Ya no volví á las grandes reuniones, ni se me dirigieron envidiosas miradas: vivía en la soledad, y solo de cuando en cuando me era permitido recostarme muellemente sobre la falda de Julia (este era el nombre de la doncella), la cual me acariciaba, discurriendo sin duda el modo de sacar un buen partido de mi hermosura.

Un día ¡día fatal! la voz de una amiga de mi ama me anunció que se trataba de mi suerte.

—Saca ese vestido, dijo.

Al punto me estendieron sobre un sillón (que por cierto estaba lleno de polvo), y despues de un rato de deliberacion se acordó que mi cuerpo fuese sacrilegamente destrozado.

Me cortaron en muchos pedacitos, y de cada uno de estos se hizo una careta de señora.

¡Cuántas lágrimas vertí! Todo fue en vano: mi suerte no tenía igual... Era menester morir como vestido y resucitar como careta.

II.

En otros tiempos había en Madrid una calle que se llamaba del Carmen.

Esta calle era el centro de la moda, el Perú de los comerciantes, el paraíso de las modistas.

Eran las ocho de una fría y lluviosa noche de febrero. Me encontraba yo colocada en un escaparate, y la luz que transmitía un hermoso quinqué de bronce dorado jugueteaba con los variados matices de mi fina y recortada seda.

Un carruaje hizo crujir con sus pesadas ruedas el escaparate que me servía de palacio.

Un lacayo abrió la puerta de la tienda y pidió á la modista, que salió á recibirle, una careta de terciopelo. Inútil es decir que yo fui la elegida. El lacayo me compró sin regatear y me llevó al carruaje.

Unos dedos pequeños y cubiertos de fina cabritilla me doblaron precipitadamente y me metieron en un bolsillo.

El cochero estendió su fusta sobre los impacientes caballos, y partieron con la rapidez del viento.

III.

¿Quién me llevaba? ¿A dónde iba? ¿Qué sería de mí? Hé ahí las reflexiones que yo hacía; pero como estaba encerrada en un bolsillo que olía á esencia de rosa, no sabía ni comprendía nada.

Á las doce de aquella misma noche salí de mi cárcel, y me encontré en un elegante gabinetito, adornado con cortinas de seda y muebles de ébano. Floreros de porcelana de Sèvres contenían ramilletes de aromosas flores.

Una jóven pálida, rubia, y tan hermosa como triste, me desdobló y me dejó sobre el borde de una chimenea de mármol.

Colocó un capuchon de seda blanca y azul celeste sobre sus hombros, y se acercó á un espejo para arreglar los menudos rizos que sombreaban su frente.

La cara de aquella jóven era tan pura y tan encantadora, que me avergoncé al pensar que iba á cubrirla con mi negro y triste color. ¿Por qué ocultar la obra mas acabada de la creacion?

¡Ay! yo era careta, y tuve que hacer mi oficio. El raso de unas mejillas de ángel, el aliento de una boca de hada, me hicieron comprender por qué se esfuerzan los hombres en descubrir lo que les oculta un pedacito de terciopelo.

IV.

Renunciaré á decirlos lo que vi en el baile de un gran señor.

Vi deliciosos trajes, oí palabras de amor, críticas mordaces, epigramas picantes y gritos de toda especie.

Yo y mi cara recorriamos los salones, unas veces con rapidez, otras lentamente; pero ni escuchábamos las palabras atrevidas de nuestros adoradores, ni pa-

rábamos la atención en ninguna de las suposiciones que sobre nuestro silencio se hacían.

Era evidente que buscábamos algo.

Por fin mi cara pareció animarse de pronto; un vapor semejante á los que pueblan los aires en las calurosas tardes del estío me inundó toda: era indudable que mi cara sufría una metamorfosis notable.

Yo miré en todas direcciones para adivinar la causa, y no vi ninguna araña... ni siquiera un moscón de alas negras.

Sin embargo, mi cara había descubierto lo que voy á referir.

En el hueco de una ventana, y casi cubiertos por la sombra que producían las cortinas, un hombre y una mujer se entregaban á los encantos de una conversación *sentimental*.

El... era jóven, elegante; llevaba el negro frac con deliciosa soltura.

Ella... estaba vestida de aldeana del cantón de Neuchâtel; tenía puesta la careta.

En el momento en que entramos, las manos de los amantes (pues supongo que lo eran) estaban estrechamente enlazadas, sus miradas se confundían en una... larga, apasionada, delirante...

La aldeana suiza decía á media voz:

—Tu amor será como la sensitiva, se marchitará con los rayos del día...

—No, encantadora aldeana; te juro que mi corazón es tuyo, que tu recuerdo me seguirá á todas partes.

La jóven cuyo lindísimo rostro enebria yo, dió algunos pasos hacia la ventana, miró al hombre que había dicho estas palabras, y se disponía á dirigirle sin duda alguna otra *de bronce sobredorado*, cuando cambió de repente de idea; se precipitó con la velocidad del rayo sobre la aldeana suiza, y le arrancó la careta.

Su amante no había podido evitarlo.

Pero ¡cuál no fue mi asombro cuando vi que la moza era una deliciosa vieja, que tenía dientes postizos, colorete en las mejillas y un corazón de máscara!

—¡Jesús! exclamó él levantándose espantado.

—¡Qué insolencia! gritó la vieja ocultándose el rostro entre las manos.

Mi cara y yo dimos una estrepitosa carcajada, y

nos precipitamos como un torbellino en el primer grupo de máscaras que encontramos.

Cuando volvimos al gabinetito de muebles de ébano, el reloj daba las cinco. Yo esperaba que se me doblaría cuidadosamente, y se me permitiría entregarme al mas delicioso sueño... Pero ¡ay! ¡cómo engañan las ilusiones! Mi ama me separó de su cara, me arrugó convulsivamente entre sus manos crispadas, y exclamó con ira:

—¡Miserable careta! Por ti se pierde la paz del corazón, la confianza de una casa, el amor de un marido. ¿Por qué tienes el misterioso don de estraviar la inteligencia? ¿Por qué conmueves los corazones mas empedernidos? ¿Por qué haces olvidar los deberes mas sagrados? ¡Ah! ¡Miserable! ¡Tú ocultas la verdadera belleza, y das gracia y juventud á lo que es viejo y despreciable! ¡Maldita seas!

Al concluir estas palabras abrió un balcon, y me precipitó en la calle.

Empezaba á llover; el viento de Guadarrama soplabá con fuerza... Yo iba á morir.

Una mano cariñosa me recogió... era la de N... ¡ para recompensarle le conté mi historia.

EMILIO MOZO DE ROSALES.

SERENATA.

La media noche ha dado;
sal á la reja,

que es la noche de estío,
noche de estrellas:

Niña, no tardes,
que Dios hizo estas noches
por los amantes.

Serán del alto cielo
pálidos soles
los únicos testigos
de nuestros goces.
No temas, niña,
que en el mundo descubran
nuestras caricias.

No miran las estrellas;
y si es que miran,
al ver nuestros amores,
tendrán envidia.
¡Pobres luceros,
no cambio yo mi reja

por vuestro cielo!

—
Exhalacion ligera
cruza el espacio...
¡es la amada, que llega
junto á su amado!
Aprende, niña,
cuál deben los amantes
ir á sus citas.

—
Solitario lucero
deslumbra, fijo,
y amoroso me mira
cuando le miro...
Con el lucero,
por lo que tardes, niña.
te daré celos.

.....
—
Ya se abre la ventana...
cruge la seda,
y un ligero suspiro
se oye en la reja;
miro sus ojos
y olvido las estrellas,
el cielo y... ¡todo!

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

Cabañal de Valencia.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

LOS CELOS INFUNDADOS Ó EL MARIDO EN LA CHIMENEA, comedia en dos actos y en verso, original del Excmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa, representada en Variedades.—PERCANCES DEL CARNAVAL EN MADRID, melodrama en siete cuadros, arreglado del francés por el actor Sr. Chas de la Motte.—Rápida ojeada sobre el coliseo de Oriente.—VENGANZA CATALANA, drama original de D. Antonio García Gutierrez.

Al celo, al buen gusto, al sentimiento artístico del Rey de los actores españoles, el Sr. D. Julian Romea, cuya salud quebrantada accidentalmente priva á sus numerosos apasionados y al público en general de admirarle y aplaudirle en el lindo coliseo de la calle de la Magdalena, hemos debido el renacimiento de una obra no ejecutada hace veinte años en los teatros nacionales, y muy digna en verdad de la consideracion de los estudiosos.

Titúlase esta obra *Los Celos infundados ó el marido*

en la chimenea: tiene dos actos: está escrita en verso, y es original del inolvidable Martinez de la Rosa.

El pensamiento que entraña esta bella, chispeante y peregrina comedia, se reduce á bosquejar un cuadro doméstico, sombreado por la figura ridícula de los celos y por los malos oficios de un criado avieso, maligno y adulator, siempre dispuesto á hacer uso de la calumnia, de la audacia y de la perfidia para nublar la paz del hogar y abrir á los pies del matrimonio el lóbrego abismo de la discordia.

Que en esta produccion hay enormes defectos, que está descuidada en la trama, que los resortes que mueven la accion son inverosímiles á veces, y en parte extravagantes, no lo ponemos en duda; pero la riqueza de los detalles, la fluidez y elegancia del lenguaje, la propiedad de los caracteres, que son del mejor cómico posible, algunos de ellos dignos de Molière, y, por último, la moralidad que se desprende de la fábula, son circunstancias que aventajan por mucho á los lunares que podria señalar en ella la critica mas meticulosa.

¡Defectos! ¡Qué obra del ingenio humano no los tiene?

Solo que los desaciertos de los grandes autores son, como observa muy juiciosamente Moratin en su *Comedia nueva*, hijos del talento y no de la estupidez, razon por la cual nada es mas fácil que hallar entre ellos cosas que suspenden y conmueven al espectador, haciéndole olvidar ó disculpar todo lo malo que ha precedido.

No tenemos palabras bastantes para elogiar el feliz acuerdo del Sr. Romea, quien, al sacar del olvido tan hechicera produccion, no solo ha proporcionado deleite y contentamiento al público, sino á los cultivadores del arte dramático, los cuales, ademas, tienen en esta obra rasgos de ingenio que estudiar, escenas de mano maestra, entre las que figuran muy especialmente la de la ficcion de la sordera en el primer acto, y la del ama y el criado en el segundo, sin contar con la escelencia de los caracteres, que son perfectamente nacionales.

Recomendamos á nuestros lectores eficazmente el conocimiento de esta encantadora y sabrosa fábula cómica, interpretada por los actores con regular acierto, siendo entre todos dignos de aplauso los se-

ñores Oltra y Vico, que ejecutan su parte con discrecion y conciencia.

En el coliseo de Novedades sigue reinando una temperatura glacial, debida á las causas que señalamos en nuestra última revista, siendo la primera y principal de todas la defeccion del público, que huye visiblemente de los espectáculos que allí se representan.

Suelen ser estos, por desgracia, de un malo muy subido; pero ninguno nos ha parecido tan desagradable como el último, intitulado *Percances del Carnaval en Madrid*, melodrama en siete cuadros, traducido del francés por el actor de aquel coliseo, D. Benito Chas de la Motte.

Este D. Benito, que como actor es de vigésimo orden, y como hombre de genio incapaz de inventar la pólvora, ha dado ahora en la vulgar y estupenda manía de meterse á traductor, zurcidor y arreglador de monstruosidades literarias, teniendo el rarísimo gusto de tomar siempre lo mas pésimo del teatro extranjero, lo mas insulso y lo mas absurdo, llevando su laboriosidad hasta un grado tan inconcebible, que abrigamos serios temores de ver anunciada cada tercer día una de sus desabridas gerigonzas dramáticas.

Válgate Dios por el bueno de D. Benito, y qué racion de palmeta merece por no tener un adarme de juicio en el meollo, y por meterse á tontas y á locas donde no le llaman, evidenciando la gran verdad de aquel antiguo adagio que dice: *Hay gustos que merecen palos*.

En cuanto á su última produccion arreglada del francés, con decir que no tiene pies ni cabeza está dicho todo; y otro tanto se pudiera decir holgadamente de su penúltimo engendro intitulado *Beppo el aventurero*, obra vasta de carpintería, anudada con grosera hilaza, de la cual no nos ocupamos á su debido tiempo por no hacer pasar á la péñola un mal rato, y eso que hubiera escrito lindezas.

Pero dejemos descansar en paz al malaventurado coliseo de Novedades, y fijemos por un momento nuestra consideracion en el teatro de la ópera italiana, donde rivalizan á un tiempo tres notabilidades del mundo filarmónico: Mad. Lagrange, la Sra. Borghi-Mamo y el tenor Fraschini.

Difícil seria asegurar cuál de estas dos excelentes

prima-donnas se lleva la primacía, porque si madama Lagrange interpreta con bravura la música de Verdi, la Sra. Borghi-Mamo es un prodigio de suavidad y ternura, interpretando los bellos *spartittos* de Donizetti: la primera se distingue en *Rigoletto* por la valentía, por la intrepidez, por la viril entonacion que comunica á las notas que el autor ha puesto en boca de Gilda, y entonces arrebata, conmueve, aplana; entonces despierta en el alma del espectador sensaciones vertiginosas y emociones frenéticas: la segunda se distingue en *Favorita* por la suavidad del sentimiento, por el esquisito y vagoroso ambiente que exhala su voz y por la delicada flexion de su timbre.

Tanto ó mas que en *Favorita* pudiéramos decir que sobresale en *Saffo*, obra maestra de Paccini, bastante desigual en la importancia de las piezas, pero de primer orden en sus dos grandes concertantes.

La Sra. Borghi-Mamo, en *Saffo*, es una especie de musa realzada por toda la belleza de lo ideal.

Cuando su voz expresa la pasion que siente por Fäon, refleja todo un poema de delicias inmortales y de ilusiones vírgenes como el oro: impelida por el fuego erótico que arde en su seno, sabe dar á su acento las mas brillantes modulaciones, ora trate de expresar sus celos, ora se lamenta de la ingratitude del desdenoso amante. Su voz habla el idioma de las grandes pasiones y de todos los martirios, en su mas formidable refinamiento. Á veces zumba airado como la llama de un incendio que agitan los huracanes, y entonces la palabra se escapa de sus labios como un grito ronco, sordo, concentrado, feroz, que condensa en una sola nota su enorme desesperacion y su delirio: á veces, por el contrario, su voz es un lamento, un sollozo, un suspiro que haria temblar de gozo las alas de los ángeles y las flores de las praderas. Cuando pulsa la lira, cuando se despidе para siempre del pérfido amante, no solo irradia con las ardientes gracias de las hijas de la Grecia, sino que parece llevar en la erguida frente la augusta aureola del talento, y entonces resplandece en toda la plenitud de su belleza, como émula dignísima de Vardó.

En resumen, tanto Mad. Lagrange como la señora Borghi-Mamo, son dos grandes figuras artísticas.

y la circunstancia de cultivar cada una géneros opuestos, contribuirá notablemente á la diversificación de los espectáculos, que es lo que desean los apasionados del arte filarmónico.

En cuanto al tenor Fraschini, todo elogio es inferior á su mérito. En la representación de *Lucia* rayó á tan grande altura, que concebimos el entusiasmo con que ha sido aplaudido por la prensa extranjera.

Lástima es que como actor sea una figura de mármol.

Dotado el cuarteto de la compañía con un personal bastante apreciable, puesto que cuenta con el bajo Bouché y el barítono Giraldoni, solo falta que la empresa tenga actividad y celo, escoja las mejores obras de los grandes maestros, y nos dé á conocer muchas de ellas que no se han ejecutado en nuestro primer teatro lírico, aunque gozan de fama universal.

Vamos á cerrar esta revista dando cuenta á nuestros lectores de un verdadero acontecimiento literario que ha tenido lugar en el coliseo del Príncipe.

Nos referimos al estreno de un drama original del gran poeta García Gutiérrez, intitulado *Venganza catalana*.

Escribimos estas líneas agobiados por la emoción que acaba de producirnos la obra.

Es una creación enorme, titánica, inmensa; es uno de los mayores esfuerzos gigantescos del arte moderno; es, en fin, una de las concepciones más colosales del genio, y será desde hoy gloria, ornamento y blason de la literatura nacional. El éxito ha sido completo; el poeta ha recibido una ovación; los actores se han esmerado de una manera plausible; la *mise en scène*, inmejorable.

No contamos con espacio suficiente para decir más de esta obra; pero en el próximo número, teniendo un ejemplar á la vista, y asistiendo al coliseo á estudiarla con el debido detenimiento, prometemos examinarla con la extensión y profundidad que merece.

Por de pronto, y sin que sea aventurar demasiado, sin que haya temor de incurrir en una adulación estemporánea, podemos esclamar alborozados: ¡España es todavía grande; España tiene ya otro Víctor-Hugo!

LEANDRO ÁNGEL HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

¿A dónde vamos á parar tan voluminosas con los trajes de sociedad que llevaríamos con dificultad si no fuera por la ligereza de los tejidos que los componen? La moda los decreta así, y las elegantes se complacen perdiéndose entre esos inmensos vapores de tul y de tarlatana que las envuelven como las nubes cuando cubren la luna, dejando pasar su claridad, y que están graciosamente adornados con profusión de ruches entrecruzados, que ya se acercan ó se desvían con el esquisito cuidado y el inconstante capricho que constituye el orgullo de la moda. Ya volantes recubiertos de esas mil encantadoras frulerías que se agrupan en el bajo de las faldas como primer adorno, completado por blondas nuevas y túnicas dispuestas con esmerado gusto. ¡Qué lujo de adornos! ¡Qué ostentación, qué gala en derredor de sí!

Pueden elegir mis amables lectoras entre dos trajes de baile y dos de visita que voy á tener el gusto de describir.

El primero de sociedad es de *moiré* azul, guarnecido á la altura de treinta y cinco centímetros, con bullones de tul, recubiertos de una magnífica blonda. El cuerpo, drapeado, está adornado de blonda igual, y las mangas son sumamente pequeñas.

El segundo es de tarlatana blanca, con un gran volante colocado en el bajo de la falda, terminado por otros dos de tul, que cada uno lleva por adorno dos vueltas de *comete* blanca. La túnica, igualmente bordeada de un volante del mismo género, es de tul, abierta por delante con grandes vueltas, adornadas de *comete* blanca. Cuerpo y mangas siguen la misma disposición.

La habilidad de las modistas es evitar las tendencias exageradas de la fantasía, y colocar sus modelos en primera línea, admitiendo los adelantos de la moda, de manera que los haga presentarse ante todas cosas *comm'il faut*.

Ved aquí un traje de tafetan gris, cuyo cuerpo forma chaleco, tiene dobles mangas, que describiré después de haber indicado la guarnición. Esta se compone de un viés de tafetan azul, adornado de bolitas fijas sobre una trenza de pasamanería. Este adorno, colocado á poquísima distancia del viés, deja entrever el fondo del traje. Ya he dicho que tiene dobles mangas. La de debajo, azul, es la más larga; la de encima está guarnecida de bolas y de un viés azul.

El segundo traje es de tafetan negro, con cuerpo de hombre, sujetándose sobre un chaleco pensa-

miento, guarnecido de entredoses de encaje y de pequeños agremados de azabaches. El cuerpo es de hombre, muy abierto sobre el delantero; termina en largas aldetas cuadradas por detras. Una alta y delgada es el traje que puede desear.

El mundo elegante añade mucha importancia al lujo íntimo, haciéndole adelantarse á todos los demas, lo cual da ocasion para admirar algunos *trousseaux*, cuyos detalles son maravillosos. No seria fácil describir por partes lo que encierran, pero se puede asegurar que el conjunto es magnífico y las piezas innumerables. Los prendidos particularmente llaman la atencion. El *fauchon* es la forma favorita: ved aquí algunas descripciones coquetas y graciosas.

Uno de muselina, adornado de una alta banda de *guipure*; el bajo de las barbas lo termina la misma banda, y encima se colocan lazos de terciopelo rosa.

Otro de muselina, guarnecido de valenciennes y de entredoses; con una vuelta hacia adentro, barbas cuadradas y adorno rosa.

El tercero es de muselina, cuadrado por detras. Un doble cuadrado que lleva se compone de entredoses bordados y de idem de valenciennes; las barbas son cuadradas. Lazos de terciopelo violeta forman diadema sobre la frente. El *fauchon*, de forma cuadrada tambien por delante, aparece sobre la diadema. Un lazo de terciopelo con largos cabos se coloca por detras.

A cada prendido le acompaña su corbata igual. Los valenciennes que se emplean para guarnecerlas son muy anchos.

Los sombreros son deliciosos en terciopelo, raso y crespon de todos colores. El denominado *Clotilde* es de terciopelo negro enteramente tendido. Lleva un plegado de terciopelo azul Méjico con algo de encaje en lo alto del ala. El bavolet es de terciopelo azul. El interior adornado de flores de terciopelo del mismo color, y sobre el lado una concha de terciopelo negro. Las bridas, negras.

Otro es de real blanco, tendido, adornado de una escarapela de terciopelo color de albaricoque, de donde sale una pluma blanca. La escarapela está rodeada de blonda blanca, que viene guiando hacia el copete. Otra escarapela de terciopelo acompañada de follaje bronceado cubierto de gotas de agua se coloca debajo del ala. Las bridas, blancas.

Entre las creaciones fantasistas hay que señalar algunas novedades. Desde luego un sombrero-casquete de terciopelo negro, adornado de una mazorca pequeña de plumas de pavo colocada al lado izquierdo, y de una larga pluma blanca al lado opuesto. Esta pluma forma retorcido al volver hacia atras. Un velito-lobo está fijo hacia el borde.

Otra creacion del mismo orden acompaña á un traje de popelina gris guarnecido de escocés. Es de castor gris con visera de terciopelo escocés, gran pluma gris con los cabos matizados de escocés, lazo de terciopelo escocés al otro lado, de donde se levanta una pluma de garza real tambien gris. Pequeño lobo de encaje de Chantilly.

Tambien es admirable un elegante sombrero de jóven en felpa blanca. El fondo *Maintenon* es plegado por abajo, y tres vieses de raso blanco se sujetan hacia la izquierda con una gruesa col de raso blanco. Un lazo descendente colocado por detras, y en el interior rosas *tremières* de terciopelo cereza, componiendo con tul malines un adorno enteramente coqueton. Acompaña á este sombrero un traje de *pou-de-soi* blanco y cereza.

Por fin, otro sombrero de terciopelo negro, tambien para jóven, guarnecido de terciopelo verde y azul, descendiendo en dobles cocas. El ala es clara, y un lindo penacho de verdura liada con terciopelo verde y azul lo guarnece por dentro y por fuera.

El traje para este sombrero es negro, sembrado de ramilletitos azules y verdes.

Trajes como estos llevan siempre el sello de la distincion y del buen gusto.

JOAQUÍN DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN NÚM. 1,089.

Primer traje. De *moiré* verde, recubierto de bullones de tul del mismo color sobre una altura de setenta y cinco centímetros. Los bullones están fijos de distancia en distancia con cintas de raso plegadas. Una bellísima túnica de punto d'Alençon descendiendo sobre los bullones; se entreabre del lado izquierdo dejando descubierto un ancho lazo, mitad de cinta y mitad de encaje. El cuerpo es drapeado con un volante de punto en el bajo de las draperías; los lazos reciben herretes de diamantes. El peinado empolvado deja la frente descubierta y está toda cargada de herretes de diamantes. Guantes blancos y zapatos idem.

Segundo traje. Vestido de *moiré* blanco guarnecido de volantes de tul que tienen dos cintas de raso blanco al borde; los volantes siguen un encajonado que forma gran cuadrado sobre el delantero y por detras. Se sujetan regularmente bajo un volante de encaje negro que se sujeta á la cinta de raso blanco plegada que forma el encajonado. El cuerpo tiene draperías terminadas por un encaje negro. Las mangas de tul son pequeñísimas. Una gran cinta de raso encarnado, prendida al talle del lado derecho, pasa debajo del encaje formando dos grandes cabos *Puff* de flores encarnadas por prendido. Guantes blancos.

Por todo lo no firmado,
La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1884.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.



Compte Cahn

Made imp. r. St Louis en l'île de Paris

A. Carnache

1089

LES MODES PARISIENNES

